

VASCONCELOS



Algo hubo siempre en el carácter de José Vasconcelos que le impidió ser dichoso, pactar con el mundo, dejar las alas del ángel rebelde. En su alma, las etapas de amargura correspondían a crisis emocionales, a desventuras eróticas, familiares, políticas.

Sonó políticamente con la Presidencia de la República y en pleno vigor físico, salvo sus ataques de artritis, el hombre que creyó dirigir intelectualmente a México con la posibilidad del poder presidencial y quien había afirmado que el ideólogo como el profeta debe morir por sus ideas colgado de un farol callejero, parecía rebelarse contra su confinamiento entre libros, en el ex templo de San Agustín, a donde lo visitamos por primera vez. Fue rebelde y reformador, como Tolstoi, a quien siguió especialmente al principio de su meteórica vida el filósofo mexicano.

En el nervio íntimo de José Vasconcelos latía algo de la vocación —de la crisis— y del ministerio tolstoiano, en cuanto a redimir, a educar, a levantar verdades contra la injusticia. En ambos hay negaciones inaceptables. Y un gran denuedo para juzgarse y publicar las propias debilidades. En ambos, a su manera, hay un cristianismo de fondo. El de Vasconcelos, aunque lo olvidó por etapas, fue base de las Misiones Culturales que ambularon por todo el país durante la etapa educativa vasconceliana. Hasta la inadaptación al hogar y las incidencias conyugales los identifican en una ruta de desesperación y no siempre de justicia para entenderse con los suyos.

Por lo demás, León Tolstoi era uno de los maestros de la generación mundial que lo vio vivir y morir tan dramáticamente —de crisis en crisis, de iluminación en iluminación— entre los finales del pasado siglo y la aurora del presente.

La estrella tolstoiana fulge en un hecho que no debe olvidarse: murió el domingo 20 de noviembre de 1910, el mismo día que en México se había señalado para el advenimiento de la Revolución preconizada por Madero. Y esa Revolución fue seguida por jóvenes escritores, José Vasconcelos entre ellos.

A Vasconcelos algo lo llamaba a la calle, a la plaza pública, foro de sus arengas cuando seguido por muchedumbres en 1929 se enfrentó al poder público. Sus libros autobiográficos, solía repetir cuando alguien los elogiaba como piezas literarias, no eran sino documentos políticos para denunciar lo sucedido en México. Pero (y un gesto de decepción ensombrecía su rostro) todo estaba perdido para un pueblo aletargado, en sueños y —concluía con frase rotunda— sin salvación. Desde siempre supimos, cuando él o sus antiguos partidarios hablaban del 29, que de haberlo permitido la edad no hubiéramos vacilado en seguir al maestro convertido en candidato presidencial.

Se lo dijimos alguna vez, acaso animados por un dedo más de

Oporto y su respuesta, cordial, estuvo acompañada por una mueca de pesimista. ¡De *pesimista alegre!* En su voz trataba de tomar forma una idea: México carecía de fuerza moral suficiente para un sacrificio popular. Agregaba que mientras no se le reconociera como político, no podía admitir honores de otra índole, ni elogios a su creación literaria o filosófica. Y la tajante advertencia de Gabriela Mistral —tan ligada al mejor tiempo, el del Ministro Vasconcelos— surge como una respuesta:

“Seguí al educador, no al político.”

La maestra, que se incorporó a las Misiones Culturales de aquella educación popular, dijo años después el mejor elogio de Vasconcelos en el Congreso del Bicentenario de la Universidad de Columbia, E.U. Pero, un largo tiempo estuvieron distanciados los dos maestros hasta que se reencontraron —creemos— en las fiestas del centenario del nacimiento de Martí, en La Habana.

■
¿Desesperanza más que amargura?

Vale la pena hacerse la pregunta en torno a la conducta de Vasconcelos, mas no para tratar de exculparlo. Conducta no sólo referida a la encrespada actitud que siguió al fallido intento electoral de 1929.

Sonaba un México regido por la enseñanza, una América fiel a su más alto destino, un mundo bajo el reinado de la estética, y de pronto llegaba la colisión con la realidad dentro y fuera del país. El traslado del sueño a la realidad lo encolerizaba y terminaba negando todo, hasta su gestión educativa de 1921. Esos reclamos llegaban a los que él se hacía, en una especie de autosacrificio, junto a un desafío, un alarde de retar al destino. Ese movimiento ondulante que encerró en parte en su tesis de *Pesimismo Alegre* lo investía de cierto humor que lo llevaba a afirmaciones tremendas.

Desafío, dijimos, y dudamos que sea la palabra, pues puede llamarse ironía al afán de burlarse de sí y de la realidad, afirmando, fabulando (y sus Memorias son claro ejemplo) para después, como sucede, creer que ha sucedido. Es la fantasía creativa —no simple afán de mito— que mueve a inventar para hacer más llevadero el tránsito por el planeta.

Si el interlocutor que escuchaba a Vasconcelos no sopesaba estas categorías de una difusa contradicción interna —resuelta en alegría pesimista— estaba en riesgo de tomar al pie de la letra todas las afirmaciones de quien se desplazaba entre grandes amores, odios y perdones. Es decir, una ondulación permanente.

Su pasión se volcaba igual para construir que para caer en el camino opuesto, embarrancándose entonces en argumentos, por ejemplo, que lo llevaron a atacar lo esencial del país, la Independencia, la Reforma, la Revolución y a muchos de los héroes nacionales. Esa intención —que a veces cumple como terapéutica

histórica— revela a quien se medía al medir. Amargura o desesperanza juntas por no poder realizar un gran destino individual y colectivo.

En el fondo latía en Vasconcelos un profundo amor por la tierra mexicana. De ese amor, truncadas las esperanzas, surgieron las actitudes negativas y furiosas. De ese amor, extendido a la latitud continental, fue su campaña latinoamericanista y sus profecías de una Raza Cósmica.

Su exigencia para mejorar la realidad resalta en un pensamiento que citamos sin revisar el texto: El cariño a la patria se diferencia del que se tiene a la madre en que éste no anhela, como el otro, que la patria mejore.

El orbe en que le tocó actuar políticamente, desde sus años de maderista hasta 1929, fue el más convulsionado. El educador, el filósofo, tuvo que conjugar su pasión con la que reinaba en el ambiente, en años de torbellino revolucionario.

Saberlo al lado de caudillos elementales es interpretar la magnitud y el contrapunto de aquella hora y las bifurcaciones del destino impuesto a Vasconcelos. Fue la primera vez un Ministro de Educación que tuvo que correr la legua acompañando al Presidente Eulalio Gutiérrez, electo en la Convención de Aguascalientes. Después, su magna obra educativa la hizo apoyado por un caudillo, Alvaro Obregón. Estuvo con Zapata y Villa, entre otros. Hay una fotografía de Vasconcelos en Palacio Nacional, en un banquete entre los generales más famosos. Sufrió persecuciones, supo de crímenes políticos, vio más tarde la muerte de amigos y partidarios, la intervención de próconsules extranjeros.

De ese orbe en incandescencia salió desencantado —más desencantado— como lo estuvo desde la Decena Trágica cuando el sacrificio del más puro de los presidentes, Francisco I. Madero, y de su acompañante, Pino Suárez.

Como historiador, como cronista, fulminó con juicios sumarios a la mayoría de hombres de la Revolución, casi como, de hecho, se estilaba sanguinariamente en los campos de batalla. (Muestra de los claroscuros de aquellas horas dramáticas es la fotografía del "Centaurio del Norte", héroe inmovible, mojando con lágrimas un pañuelo multicolor sobre la tumba de Madero).

■

Desesperanza más que amargura, preguntábamos, frente a un México calcinado por la lucha fratricida que llena tantas páginas dolorosas de la Revolución. El resultado final es el mismo: el sentido de frustración se impuso a José Vasconcelos, mucho antes del año de su campaña para llegar a la Presidencia de la República.

Acaso sea justo añadir que en la desesperanza del que soñó con regenerar por la educación hay más nobleza que en el simple ambicioso que no pudo escalar el puesto más alto.

En esa desesperanza —o amargura, como se quiera— anterior a 1929 se repara poco. Porque Vasconcelos no había escrito libros políticos y porque su gestión en Educación Pública y como candidato presidencial acapararon favorablemente su figura. El dato deseamos subrayarlo porque estamos contra la idea, casi aceptada, que sitúa a dos Vasconcelos. Uno antes y otro después de 1929. Uno bueno y otro malo. Esto es fantasía, maniqueísmo. Si hubiéramos de recurrir a estas pinceladas de psicología popular la fórmula sería: no hubo dos, sino cien José Vasconcelos. No fue jamás "hombre de una sola pieza", sino todo un enredado mecanismo en acción y pasión como para desesperar al más diligente experto relojero de la sacra, civilizada y metódica Suiza.

■

Nada pinta mejor su carácter y las coordenadas opuestas de su destino, que la anécdota que pareció alucinación tropical a más de un pensador europeo de los que buscan la soledad para escribir o levantar muros de corcho, como Proust, para erigirse en robinsones artificiales. Según esa anécdota, mientras hacía su campaña presidencial entre discursos y reuniones multitudinarias, donde había estado a punto de perder la vida, de vuelta al hotel de la villa o ciudad que visitaba, aún con confeti en la solapa, aún en los oídos el clamor de quienes lo alentaban, cerraba la puerta y se sentaba a escribir uno de sus temas favoritos. O para decirlo con más propiedad, el que más le atrajo siempre: filosofía. Ordenaba, así, como en acto de taumaturgia, la separación de dos aguas para dar paso a la búsqueda de la tierra prometida.

El Apolo de la creación y el Dionysos de las tempestades humanas, colocados cada cual en su sitio y hora, como cortando a tajo la disparidad de dos mundos aparentemente irreconciliables que, sin embargo, comunicaban al pensador corrientes de una misma humanidad.

No se necesita sino meditar lo anterior para tener una imagen del ilustre escritor mexicano. Quien era capaz, como Vasconcelos, de pasar de la arenga política que electrizaba por la temeridad del discurso, a la meditación del himno filosófico, que supone el mayor reposo para la concentración, debía constituir un ser henchido por fuerzas tan opuestas como complementarias. Al filósofo lo alimentaban el hombre de acción, que bajaba a confundir su aliento con el de la calle, y al político lo irrigaba el pensador, el esteta, en una comunicación amorosa donde ideología, idealismo y dinámica se confundían. Esto explica por qué en la realidad Vasconcelos no era un político hábil que es diferente, en México, a un buen funcionario.

Cuando más tarde escribió que en el fondo le importaba más el libro que preparaba ese año de 1929 —su Tratado de Metafísica— que el anhelado sillón presidencial, no quiso solamente señalar un



hecho con intemporal ironía, sino acaso, sin proponérselo, se pintó un poco a sí propio, denunciando la vocación de un hombre creador que a veces interrumpía su tarea para sentirse asido a la tierra, con preocupación por mejorarla, aunque en el fondo imperase el Vasconcelos intelectual, artista y filósofo.

En la anécdota comentada es admirable la capacidad de autoexpulsión, entrar en el gabinete de sus meditaciones mientras de la plaza pública ascendían voces, reflejos y estallidos hondamente populares. El meditante cerraba la ventana, se sentaba a escribir, abría sus folios filosóficos y parecía otro. Sin embargo, de su ser trascendía la vitalidad arrancada a la lucha callejera. Y en el ideal del filósofo Vasconcelos, sobre todo en sus proposiciones educativas, sociológicas, resonaba ese clamor por mejorar una vida, que lleva a los mejores hombres a la plaza pública, donde a veces se escribe la historia.

■

Volvamos al tema del cambio radical de José Vasconcelos.

De años anteriores a nuestro reencuentro con él en la Biblioteca Nacional, corría la versión de la feroz metamorfosis del escritor atribuida a su fracaso político de 1929. Desde ese año su conducta declinó, mas no así su obra de creación. Los libros autobiográficos —cuatro grandes tomos donde los títulos denuncian ira: *La tormenta*, *El desastre*...— habían abierto fumarolas por doquier. Tales obras se escribieron en el extranjero en años posteriores al 29. La *Autobiografía* contribuyó a encender la polémica abierta después de lo sucedido con el fracaso electoral. Las discusiones alcanzaron el barómetro de la moral, al contar Vasconcelos recuerdos demasiados íntimos. Esos capítulos, por mal consejo de alguien, fueron suprimidos en ediciones que andan por ahí.

El Eros vasconceliano es parte de su personalidad. No es ni puede ser moral o inmoral. Narra lo que vivió o quiso vivir y se advierte su figura quemada por pasiones intensamente expuestas con grandeza artística que sublima el lance erótico. El torbellino de la sensualidad —como en una época de Tolstoi— aunque de diversa manera y tiempo, acercaba después a Vasconcelos al misticismo y más tarde a la religiosidad, reencontrando una ruta de sus primeros años.

Otros libros contribuyeron a inflamar la hoguera polémica en torno al cambio del escritor-político. Especialmente el más inaceptable de todos, su *Breve historia de México*. Ahí recogió un bisturí manejado por otros historiadores que no siempre anduvieron en la buena orilla. A veces Pereyra, o Alamán. Y sobre todo, Bulnes. Esa línea de historiadores y críticos cuenta con hombres con sotana que han analizado, a su modo, a México.

Ciertamente, Vasconcelos dice verdades, pero sus juicios revelan a quien vivía una de sus peores crisis, marcado por el destierro, pobre, atacado por antiguos partidarios. Sin temperamento para escribir historia entró al panteón de los héroes con un alfanje en la mano y algo en su actitud delata, no sólo al escéptico de siempre, sino a quien reclamaba lo sucedido aquel hirviente 1929. Eso contribuyó a que descabezara, en juicios dogmáticos, a muchos mexicanos fundamentales.

El escéptico, el pesimista alegre fue descendiendo hacia las aguas malvas del nihilismo. A libros como su *Breve historia* siguió una actitud que fue acentuando el tono destructor, revelada en actitudes, artículos, entrevistas de prensa. Esa ruta hizo pensar a muchos que José Vasconcelos había cambiado. Convirtiéndose, de pronto, de bueno en malo. Fue el principio de su declinación, indudablemente: mas como hombre público, no como creador literario y filosófico.

■

Dudamos de ese cambio de Vasconcelos, tan radical, porque antes de 1929 no hubo una congruencia en sus juicios (baste señalar que



negaba la Independencia, la Reforma y la Revolución). Creemos que la confusión está al comparar el capitán de la campaña educativa con el Vasconcelos posterior, olvidándose que tanto en esa campaña como en la candidatura presidencial afloraron los matices contradictorios del filósofo. Fue un ilustre Ministro apoyado por el Presidente Obregón hasta que hizo crisis definitiva la posición vasconcelista.

La versión del cambio sufrido después de 1929 tiene razón en un punto: se acentuó el pesimismo de Vasconcelos. Hay que dudar de afirmaciones tan absolutas que quieren simplificar un enigma de siempre, el de la conducta. Si la amargura fue ingrediente del carácter del filósofo mexicano, no lo asaltó súbitamente, de la noche a la mañana, como se habla de quienes al impacto de una tragedia encanecen de pronto.

La tesis deja en el tintero que el hecho de que el carácter es producido por una lenta maceración del tiempo, que quita esto, agrega lo otro, en un proceso que proviene de los primeros días, como afirman los estudiosos del tema.

Las metamorfosis repentinas caen de perlas a la fantasía que mora en calles, cafés y salas de rutinarias tertulias y que culmina en recurso de falsos novelistas. El hombre puede no ser el mismo de un instante a otro, de un día al siguiente, pues cambian hasta sus células. Pero el diagnóstico popularizado en casos como el de Vasconcelos, al hablar de un hombre bueno que se torna malo, borra de un plumazo otro hecho categórico: por encima de todas las fluctuaciones de cada destino hay una constante que marca los límites generales de cada carácter. Los cambios bruscos caen en los cuadros clínicos donde se estudia la anormalidad de la conducta.

En la amargura de Vasconcelos —se señaló— acrecentada después de los sucesos de 1929 hay desilusión por haberse frustrado la que pudo ser una obra de redención popular. Lo encolerizaba ver sin castigo a quienes creía culpables de su fracaso electoral: los generales de México y el embajador de E. U. De ahí el odio implacable contra Plutarco Elías Calles y contra el embajador Morrow.

¿Fue su vanidad la que contribuyó a ofuscarlo después del año de su derrota electoral? Creemos que la vanidad del poder, como regodeo de los sentidos, no era el mayor blanco vasconceliano. Así se tratara de alcanzar el que parece ideal supremo de la mayoría de mexicanos: ser huésped máximo de Palacio Nacional, ¡foro de tantas venturas y desdichas!

José Vasconcelos, al contrario del vanidoso de salón, que es víctima de un temperamento exhibicionista, era en el fondo un hombre inadaptado a los usos de la sociabilidad y al pasajero brillo personal; al oleaje de la fama pública prefería el mensaje que sólo lanza quien sabe amar la soledad creadora. En una parte de la carta a Romain Rolland, cuando el filósofo mexicano era Ministro de Educación Pública, dice: *Solitario por temperamento, solitario*

aun en medio de la sociedad. . . Su orgullo, su vanidad estaban en otra parte: en la conciencia de saberse capaz de hacer grandes cosas. Quienes lo conocieron como alto funcionario podrán corroborar este aserto, pues su entrega casi mística a las tareas educativas sobrepasa lo hecho antes y después de él.

Para los que han llegado a exagerar el cambio de personalidad del gran escritor y burla burlando han hablado de que Vasconcelos, el maestro, murió en 29 y que otro usurpó el nombre del excandidato presidencial (un poco como en *El gesticulador* de Usigli), hay que recordarles que la crisis del año citado fue la más definitiva pero no la primera ni la última, y que lo más importante de su obra lo escribió después del citado año: sus *Memorias* y su *Estética* sobre todo. Fue hombre de grandes ondulaciones —decíamos— como el admirable León Tolstoi.

Esa versión del cambio súbito también se aplicó al novelista y patriarca de las letras universales. Leamos lo que a propósito escribió Rolland en el estudio que fue publicado a la muerte del autor de "La guerra y la paz":

No digamos como otros tantos críticos de ahora: Hay dos Tolstoi, el de antes de la crisis y el de después de la crisis: uno es bueno y otro no lo es"; para nosotros no ha habido más que uno y lo hemos amado todo entero, porque sentimos por instinto que en almas como la suya todo cabe y todo se une.

De su imagen de candidato supuestamente triunfador en las elecciones (aunque nadie duda de la popularidad suscitada por su campaña) pasó a ser un hombre inerme ante la fuerza del poder público, refugiado con algunos amigos en el puerto de Guaymas, Sonora.

Desde entonces es la polémica que no termina: la que atribuye el cambio de conducta de Vasconcelos y la acusación de haber abandonado la lucha al marcharse a territorio norteamericano.

El tiempo se encargará de decir las palabras finales. Apuntemos de paso, empero, que así como sostenemos que las crisis del ilustre escritor fueron de siempre —más tarde iba a tornarse sumamente religioso, en otra mutación íntima—, también nos cuesta trabajo imaginar a José Vasconcelos amedrentado, según la conocida acusación de algunos de sus partidarios, después de 1929.

Su historia personal lo presenta como hombre resuelto. Los episodios de la campaña presidencial lo confirman. Desafió a la muerte y a veces —sus discursos contra Calles lo atestiguan— supo ser valiente hasta la temeridad en un México donde la vida valía casi nada. Al temido general Calles, Vasconcelos lo nombraba públicamente con los peores calificativos y la voz popular hacía eco —imaginamos que en corrillos— repitiendo una alusión relacionada con el origen sirio libanés atribuido al caudillo sonorenses.